

EL DISCURSO NARRATIVO ANTIIMPERIALISTA DE SENDER EN *IMÁN*

Abdelaal SALEH*
Universidad de Miniya (Egipto)

A lo largo de la historia de la literatura española muchas obras han suscitado gran interés. Entre estas puede figurar con mucha justicia la primera novela de Sender: *Imán*. Aunque esta obra, escrita hace unos ochenta años, ha tenido muchas interpretaciones, todavía sigue llamando la atención a los investigadores por su profunda filosofía y por el fondo humano que tiene. Los críticos destacaron de ella muchos aspectos; a saber: su antimilitarismo y su pacifismo, su interés por la condición humana, su crítica social, etcétera.¹ Sin duda todos estos elementos figuran en *Imán* y están tratados con gran habilidad. Pero la hipótesis que este trabajo intenta demostrar es que todos estos temas están subordinados a un discurso narrativo antiimperialista. Muchos investigadores, sobre todo hispanistas extranjeros, como Collard y Lough, llamaron la atención sobre esta interpretación, pero sin dedicarle el espacio necesario y sin abordarla de una forma integral. Santiáñez, en su introducción a la edición de *Imán* publicada en 2006, no hace referencia a esta cuestión, lo que nos motiva aún más a tratarla. La metodología seguida será la exposición de todos los elementos del discurso, técnicos y temáticos, teniendo como base un análisis profundo de la obra y apoyándonos en opiniones de grandes especialistas. Es decir, intentamos contestar a varias preguntas:

* aalabdalaal@yahoo.com

¹ Se pueden resumir las interpretaciones realizadas de esta novela del modo siguiente: Collard (1997: 208 y 213) la considera antiimperialista, anticolonialista, obra de denuncia y crítica política; Lough (2001: 56 y 58) opina que es anticolonialista; para Peñuelas (1971: 26, 127 y 128) es una obra en contra de la guerra, antimilitarista, además de tener una dimensión social y constituir un estudio de la conducta humana que presenta la guerra como una tragedia; Carrasquer (en Sender, 1992: 18) la ve como un análisis de la naturaleza del hombre; Santiáñez (en Sender, 2006: 17 y 45), como una denuncia de la guerra y de las injusticias y como una visión política del servicio militar; Alcalá (2004: 27 y 103) la destaca como un testamento antibelicista y un canto de amor al hombre; Gándara (en Sender, 1996: 10) la analiza como una descripción del suceso de Annual; por último, Alcalá también la considera como un canto de amor al hombre y un testimonio antimilitarista.

- ¿Este discurso se expresa en *Imán* de forma explícita o no?
- ¿Cuál es su grado de presencia en la novela y qué funciones tiene?
- ¿Cómo se expone dicho discurso?

Igualmente, existen otras preguntas que requieren una respuesta:

- ¿Sender expresó explícitamente en la obra este discurso?
- ¿Cuál ha sido la postura de la crítica respecto a este punto?

Adelantándonos, compartimos la opinión de Carrasquer de que «*Imán* no sería tan gran novela si, además, no hubiera logrado Sender con ella darnos un plano trascendente de significación universal más allá del episodio».²

No es este «plano trascendente de significación universal», sino este discurso que defendemos, el que sobrepasa la anécdota concreta de Marruecos para convertirse en una declaración de principios en contra del imperialismo.

Para contestar a la primera de las dos últimas preguntas tenemos varias pruebas. Por un lado, dos pasajes explícitos que aluden, respectivamente, a la «lucha histórica del godo contra el africano» y a «dos mil años de injusticia».³ La primera frase se ofrece como resumen de una conocida parte de la historia mundial, mientras que los «dos mil años de injusticias», precisamente hacen referencia al período de los proyectos imperialistas modernos que comenzaron con el Imperio romano. Así, Sender aborda el proceso imperialista a lo largo de la historia en el contexto general y en el particular. Además, llama la atención el hecho de que escribe la obra tras su regreso de Marruecos, donde realizó el servicio militar, nueve años después del desastre de Annual, ya que este tuvo lugar en 1921 y la obra se publicó en 1930. Esto significa que la novela no es una crítica a estos acontecimientos, sino una reflexión o una visión global del proceso imperialista. En este contexto, la escena del viejo español que había participado en la primera parte de la guerra imperial da integridad a su visión y expresa que el proyecto es el mismo y que cada intentona no es más que una etapa para mantener el imperio. Por otra parte, hay otra característica que nos interesa en este punto y en la que ya hizo hincapié Carrasquer: ninguna escena militar se prolonga demasiado. Sencillamente porque no es el objetivo del Sender escribir una obra sobre la guerra, sino declararse en su contra, afirmando que es una manera de perpetuar el imperialismo. Igualmente, Carrasquer habla de «una mecánica política que nos desmonta la novela».⁴ ¿No será este el discurso cuya presencia en *Imán* defendemos?

² Carrasquer (1970: 17).

³ Sender (1976, pp. 294 y 96). Todas nuestras citas proceden de esta edición de *Imán*, a la que en adelante nos referiremos indicando entre paréntesis la página o las páginas correspondientes.

⁴ Carrasquer (1970: 21 y 26).

Un interés especial tiene la escena de los mulos muertos, donde Sender plantea de forma explícita este discurso. En los interrogantes que propone el autor destaca el referente al *deber cívico* de los mulos, escrito en cursiva para llamar la atención. ¿Tendrá esto alguna relación con la misión cívica o el deber cívico pretendido por los imperialistas? Se podría contestar que sí.

En relación con esto hay que mencionar una anécdota muy importante en la novela, la del oficial Díaz Ureña (pp. 65-77). Aunque esta historia se ha interpretado como una comparación para destacar los aspectos positivos de la vida civil frente a la militar, reducirla a este objetivo significa no tener en cuenta la mayor parte de sus elementos, como la gran belleza de la novia del protagonista, el modo en que influye positivamente en su vida y cómo Díaz Ureña, su instructor, se apropia de ella, pega a Viance en el entrenamiento y muere cerca de él en el campo de batalla. Para confirmar lo que proponemos veamos la reacción del protagonista ante las dos personas que le pegan, su maestro de herrería y Díaz Ureña: muestra gratitud hacia el primero y un odio infernal hacia el segundo. Por eso hemos de buscar una interpretación más simbólica y considerar esta anécdota como una síntesis de muchas ideas afines a la propuesta que defiende el presente trabajo: Díaz Ureña es la personificación del proyecto imperialista.

Para la segunda pregunta aludiremos a las opiniones de Francis Lough, Patrick Collard, Marcelino C. Peñuelas y Nil Santiañez.⁵

1. CONTEXTO HISTÓRICO-POLÍTICO Y LITERARIO

En la segunda mitad del siglo XIX, el pensamiento imperialista se ha extendido de forma abrumadora, convirtiéndose en un rasgo distintivo de la época. Se podría considerar como emblema de este período una frase del político inglés Cecil Rhodes: «Si no queréis la guerra civil, debéis convertirnos en imperialistas».⁶ Así, las posiciones coloniales se ensancharon considerablemente después de 1876: de 40 a 65 millones de kilómetros cuadrados para las seis potencias más importantes.⁷ La propaganda imperialista manipuló los sublimes principios de la Ilustración y creó una mentalidad que consideraba que

⁵ Lough (2001: 41-42 y 52) habla sobre un tercer nivel del discurso, que es el ideológico, el cual trata los mismos sucesos integrándolos en un marco más amplio. Él lo considera el más importante porque interpreta los acontecimientos y, por consiguiente, proporciona un medio para ayudar a su comprensión. Peñuelas (1971: 130) señala que la novela tiene una intención desmitificadora. Para Collard (1997: 208), *Imán* tiene dimensiones antiimperialistas y anticolonialistas. Añade que el discurso social y político fundamental de la novela subvierte la ideología y el lenguaje de las instituciones y de los grupos dominantes responsables, de un modo u otro, de la presencia de España en Marruecos. Por su parte, Santiañez (en Sender, 2006: 54) dice que la novela es una inversión de esa relación de dependencia, pues trastoca los discursos que justifican la guerra y propone un lenguaje alternativo para expresar la experiencia de la guerra.

⁶ Martín (1973: 33).

⁷ *Ibidem*, p. 31.

la intervención es un deber moral [cívico, como satiriza Sender] del europeo que los beneficiarios árabes deben tolerar y aprobar, y, con el tiempo, se darán cuenta del provecho. No será gratuita, pero el desarrollo económico mejorará a todos.⁸

Hubo en España, además, otras causas. Según Miguel Martín:

La voracidad mesiánica de un monarca, el afán de algunos militares españoles deseosos de provocar situaciones bélicas con las que adornar su hoja de servicios o trepar en el escalafón y la atracción que suponía para la oligarquía española la política imperialista de Francia llevaron a España a participar en esta moda violando la independencia y la unidad del estado marroquí.⁹

Se le dio un profundo sentimiento religioso y acabó viéndose como una cruzada; al aspecto civil se le unía también una significación religiosa, tal y como se refleja, reiteradamente, en el *Diario* de Alarcón.¹⁰

El papel de la cultura en general, y de la literatura en su vertiente narrativa en particular, es indiscutible. Santiáñez subraya este hecho al recordarnos que las guerras se inician, se mantienen y se recuerdan gracias a la proliferación del lenguaje. Las proclamas, los discursos parlamentarios, los comunicados oficiales, los himnos, las canciones y los artículos de prensa forman parte indisoluble del esfuerzo bélico.¹¹ Partiendo de esta base podemos apreciar la importancia de la obra debido al discurso que difunde.

Al valorar *Imán* hay que tener en cuenta tres dimensiones: la primera se refiere a la producción novelesca de la I Guerra Mundial; la segunda corresponde a las obras narrativas españolas sobre la guerra de África; la tercera trata del puesto que ocupa esta novela en lo que podría llamarse *el marroquismo* de Sender. En este sentido, *Imán* siempre se ha relacionado con obras que pertenecen a dichas categorías, y a otras más, por coincidencias o divergencias. Entre ellas destacan obras como *Sin*

⁸ Carrasco (2000: 25).

⁹ Según Nil Santiáñez, desde mediados del siglo XIX se fundaron en España instituciones que tenían una relación directa con las aspiraciones expansionistas de España, como la Real Sociedad Geográfica de Madrid o la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas. Este colonialismo es visible también en un nuevo talante del Ejército y del Gobierno. El intervencionismo español en Marruecos se acrecentó exponencialmente tras perder España sus últimas colonias en 1898 (véase Santiáñez, en Sender, 2006: 11).

Como reflejo de este ambiente, Francisco de las Cuevas escribe en 1923: «Existen en el país tres corrientes poderosas. La primera es la nuestra, que deseamos cumplir con el mandato de Europa en el designio histórico de incorporar el norte de Marruecos a nuestra civilización y utilizar sus valores geográficos, agrícolas y comerciales en beneficio de nuestra patria». Un representante de esta tendencia sería Lobera, quien se autodenominaba *soldado de civilización* y mostró mucho entusiasmo por la intervención española en Marruecos. Para ello utilizó muchísimo las páginas de su periódico, en las que escribió numerosos editoriales y artículos de opinión. Usó también sus talleres para imprimir algunas obras donde expuso una visión deformada de Marruecos y de sus habitantes, como justificadora de la penetración española. Ejemplo de ello es este pasaje: «Son caracteres infantiles, niños grandes mal educados, árboles que se torcieron en su crecimiento, imposibles de enderezar; espíritus ligeros, impresionables, a los que solo deslumbra y hace marchar derechos la energía, la firmeza, la justicia, y, sobre todo, la fuerza» (Moga, 2005: 68 y 158-159).

¹⁰ Alarcón (2005: xvii).

¹¹ Santiáñez (en Sender, 2006: 53).

novedad en el frente, de Remarque; *Diario de un testigo de la guerra de África*, de Alarcón; *Aita Tettauén*, de Galdós; *El blocao*, de Díaz Fernández, y *La ruta*, segunda parte de la trilogía *La forja de un rebelde*, de Barea.¹²

Las relaciones entre nuestra novela, *Imán*, y dichas obras han sido tratadas en muchos trabajos que incluimos en la bibliografía. Pero lo que nos interesa es dibujar la línea ideológica o intelectual que con esta obra se culmina.¹³ Antes de analizar las obras que ha tratado la crítica, es oportuno recordar un libro que pensamos tuvo gran trascendencia y lamentablemente no llamó la atención de los investigadores, y que presenta un discurso humanitario contrario al imperialista: las *Cartas marruecas* de Cadalso. La importancia que tiene este libro se debe a sus paralelismos con muchos temas presentes en *Imán*, como la postura proárabe, la valoración positiva de su civilización, el parentesco entre el marroquí y el español o el espíritu antimilitarista. Un estudio detallado de esta obra podría aclarar la influencia en otras posteriores, la cual hasta ahora se desconoce. Esos elementos positivos existentes en la obra de Cadalso fueron manejados de forma distinta por parte de Alarcón en su *Diario* y se convirtieron en base de todo el discurso. Nuestro interés por este libro se limita a subrayar que contiene las bases ideológicas del imperialismo, al representar al pueblo marroquí como un pueblo vil y miserable y defender la idea de una España civilizadora, cristiana y universal, lo cual se refleja en esta cita: «Aquí nos ves con la espada en una mano y con la cruz en la otra, en esta tierra de infieles. Nuestra misión es de civilización, de progreso, de libertad para nuestros semejantes».¹⁴

La labor de *Aita* en el desmantelamiento del discurso bélico y colonialista del *Diario* es extraordinaria. Galdós ha sido el primero en desarticularlo en su novela *Aita Tettauén*. El insigne escritor moldeó su obra —según Márquez Villanueva—¹⁵ como una respuesta al *Diario*. Márquez ha destacado su papel al cambiar el discurso hispanoárabe, pues sus páginas, en efecto, habrán de contarse entre las primeras en romper con el clásico orientalismo saidiano.¹⁶ Galdós era consciente de lo que había hecho Alarcón en su *Diario* y lo convirtió en un personaje de su novela, Perico, y lo criticó en un pasaje de suma importancia donde le llama la atención acerca de la peligrosidad del uso del lenguaje para justificar la guerra y el imperialismo. El novelista advierte que Alarcón utilizó el lenguaje para justificar «cortar cabezas de mahometanos» y embellecer hechos tremendos como las carnicerías cometidas por

¹² Para una exposición más exhaustiva del panorama narrativo sobre la guerra de África, véase Carrasco (2000: 20), Santiañez (en Sender, 2006: 16) y Jover (2002: 37).

¹³ Defendemos una línea intelectual progresista que incluye entre otros a Cadalso, Galdós, Sender y Juan Goytisolo. Por su parte, Carrasquer considera *Imán* como un antecedente de la obra de Goytisolo *Reivindicación del conde don Julián*. Véase Carrasquer (en Sender, 1992: LXXXIII y 61, nota).

¹⁴ Alarcón (2005: xxiv).

¹⁵ En Pérez Galdós (2004: 28).

¹⁶ *Ibidem*, p. 26.

el Ejército de España en Marruecos.¹⁷ Por otra parte, hay una serie de paralelismos entre *Aita e Imán*. Ambas obras coinciden en su planteamiento de la participación de la Iglesia en esta empresa, de las auténticas causas de la guerra, de la relación entre españoles y marroquíes y de la crítica al Ejército.

En este contexto es imprescindible referirse a las dos últimas obras de la lista anterior: *El blocao*, de Díaz Fernández, y *La ruta*, de Arturo Barea. La primera contiene un innegable espíritu antimilitarista y también antibelicista, y de ahí viene su parentesco con *Imán*.

Por otra parte, en *La ruta* son importantes los interrogantes cuya respuesta lógica destruye las bases del imperialismo y su ideología. El tratamiento narrativo de estos interrogantes ofrecido por Sender será una muestra de su originalidad, al convertirlos en escenas de gran valor literario.¹⁸

Estas coincidencias se deben a muchas razones. En primer lugar, lo sucedido en Annual, según Víctor Fuentes, fue para los tres novelistas lo que la derrota del 98 para la generación noventayochista. Por otra parte, estos tomaron una postura crítica acerca del problema colonial y se interesaron por la condición humana.¹⁹

Por último, haremos referencia al lugar que ocupa *Imán* en la producción de tema marroquí de Sender. Podemos hablar de un proceso progresivo de toma de conciencia por parte de nuestro autor. Sender se interesó a lo largo de su vida por Marruecos. Este interés comenzó muy temprano, cuando tenía unos dieciséis años, en torno a la época en la que escribió *Una hoguera en la noche*. Tras su servicio militar en Marruecos se volvió más radical, y como consecuencia de ello mostró en *Imán* un cambio total en la forma y en el enfoque del tema. Esto se reflejaría más tarde en su última novela de temática marroquí, *Cabrerizas Altas*, que coincide con *Imán* en muchos puntos, como la identificación entre españoles y marroquíes y el rechazo del odio hacia ellos (pp. 159-160 y 199). También está presente la reflexión sobre la validez de la guerra y sobre la naturaleza de los seres humanos.²⁰

¹⁷ Carrasco (2000: 31).

¹⁸ Consideramos muy oportuno reproducir dichos interrogantes: «¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que civilizarlos si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos nosotros? ¿Nosotros los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobes, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. Reventamos de hambre y de miseria» (Arturo Barea, *La ruta*; cit. por Carrasco, 2000: 88).

¹⁹ Carrasco (2000: 77 y 85). Además de las obras señaladas hubo muchísimas novelas afines o contrarias a *Imán*. Para más información, puede verse Monferrer (2001: 359-360 y 365) y Carrasco (2000: 90, 94 y 96).

²⁰ Carrasco (2000: 80 y 83). «Al preguntarle [a Sender] cuál es el recuerdo más perdurable de aquellos tiempos, me contestó: “La guerra de Marruecos [...]. Allí entré en contacto profundo con el pueblo español, con el verdadero pueblo, obreros, campesinos. La burguesía la conocía bien. Yo era producto de ella”» (Peñuelas, 1971: 80, n. 9).

2. EL DISCURSO ANTIIMPERIALISTA

2.1. *Importancia del lenguaje y la cultura*

Las guerras, y en especial las expansionistas, como cualquier proyecto de gran envergadura, exigen la participación desde todos los ámbitos del país, y principalmente desde el cultural. Antes hemos aludido a la opinión de Santiáñez sobre el lenguaje y Galdós, que compara la lengua con los cuchillos, ya que ambos son instrumentos de agresión, uno para lo físico y material y el otro para lo moral. Sender era consciente del carácter colectivo de este hecho y lo expresó de forma explícita en una reflexión de su protagonista:

Es la guerra. Esto es la guerra. La banderita en el mástil de la escuela, la marcha real, la historia, la defensa nacional, el discurso del diputado y la zarzuela del éxito. Todo aquello, rodeado de condecoraciones, trae esto. Si aquello es la patria, esto es la guerra: un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destrozados por las piedras y la cabeza por las balas. (p. 190)

Como se ve, hay cierta comparación irónica entre la guerra como propaganda y la guerra como realidad.

Para apoyar la empresa imperialista, el Estado español realizó muchos esfuerzos en el ámbito cultural, fundó la Real Sociedad Geográfica de Madrid y la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas, subvencionó periódicos como *El Telegrama del Rif* y más tarde crearía la *Revista de África*. Como parte de este ambiente, según escribe Márquez Villanueva, aparecieron muchos libros.

Pagan todos ellos, en distintas proporciones, el tributo colonialista de época a la vieja patriotería de la reconquista y sus glorias, con miras de claro anexionismo «civilizador» [...]. Sus autores [...] se sacan de un modo inconsciente la espina, enjuiciando sobre Marruecos como los extranjeros solían hacer con España. Los más o menos improvisados expertos en temas marroquíes no olvidan nunca la pintura del execrable gobierno, universal barbarie y la triada de elementos de una alteridad emblemática que para los españoles significaban el *uscús*, la *henna*, y el *kiff*.²¹

Sender en un momento dado fue víctima de esta gran máquina propagandística. En sus primeros años escribió diez artículos que publicó en *El Telegrama del Rif*. Estos reflejaron un marcado talante colonial y militarista y una visión idílica de la vida castrense y de la guerra. Exaltaban el heroísmo y el orgullo patriótico, subrayaban la superioridad del soldado respecto al estudiante universitario y consideraban la guerra como un espectáculo bello.²²

Era necesario que Sender hiciera el servicio militar en Marruecos para que tomase conciencia de la realidad, cambiase dicha visión y llevase a cabo el discurso antiimperialista que exponemos en este trabajo. El cambio llevado a cabo por el autor zaragozano ha sido valorado por Santiáñez:

²¹ Márquez Villanueva (en Pérez Galdós, 2004: 25).

²² Santiáñez (en Sender, 2006: 15).

El fundamental discurso social y político de la novela subvierte la ideología y el lenguaje de las instituciones y de los grupos dominantes responsables, de algún u otro modo, de la presencia de España en Marruecos.

[...] La novela de Sender es una inversión de esa relación de dependencia al subvertir los discursos que justifican la guerra y proponer un lenguaje alternativo para expresar la experiencia de la guerra.²³

Ante esta situación, Sender sintió que Marruecos era víctima de una triple agresión. En primer lugar estaba el silencio, el mutismo respecto a lo que allí ocurría realmente, como comentó Arturo Barea al decir irónicamente: «Sabéis tanto de Marruecos aquí como de lo que pasa en la luna».²⁴ Este mutismo preocupaba muchísimo a Sender. Según Santiáñez, el escritor afirmó que su descripción de este conflicto no tenía nada que ver con la de los periódicos españoles.²⁵ En una escena de la novela tiene lugar un encuentro entre Viance y un soldado agonizante que le exige que publique y difunda la versión auténtica de la guerra y que combata el mutismo existente en torno a ella: «podías escribir esto al pueblo. ¿O es que vamos a morir sin que nadie se entere?» (p. 165). En otro momento el protagonista compara el miserable estado en que se encuentran él y sus compañeros con lo que escriben los periódicos, que los llaman héroes (p. 135). El segundo aspecto de la agresión consiste en la desinformación, pues se manipula la imagen del colonialismo edulcorándolo. El tercero es el relativo a la acción militar del Ejército español.

Precisamente, el autor escribió su obra para combatir el mutismo y la desinformación. Para comprenderlo es necesario conocer la imagen difundida a través de la propaganda imperialista. Carrasco realizó una síntesis de esta imagen, según la cual el marroquí era un ser primario ajeno a todo confort material y a cualquier evolución espiritual, salvaje, mal soldado en un ejército indisciplinado y caótico. Entre sus defectos estaban la crueldad, la falsedad, el maltrato a las mujeres, la suciedad, el servilismo, etcétera. Su organización social era decadente y se caracterizaba por la corrupción, el abuso de poder y la venganza. Como consecuencia de esta imagen, la actividad colonizadora está justificada y el europeo tiene la misión de encauzar al marroquí en la sociedad avanzada. Este retrato responde a

un eurocentrismo que no deja otros modos posibles de progreso fuera del Occidente cristiano. Se tiende a crear una red de relaciones entre Oriente, ideado según las necesidades del europeo expansionista (incluido el Magreb) y Occidente, que parte de una perogrullada muy extendida: *si Oriente pudiera representarse a sí mismo, lo haría; pero, como no puede, lo hace Occidente*.²⁶

²³ Santiáñez (en Sender, 2006: 47 y 54).

²⁴ Monferrer (2001: 327).

²⁵ *Ibidem*, p. 53.

²⁶ Carrasco (2000: 22-24). En otro lugar, este investigador considera que a partir de 1921 pierde consistencia la idea del moro salvaje y atrasado al que hay que civilizar como obligación moral del europeo y como manera de conseguir beneficios económicos. El español ya reconoce un grado de civilización y de cultura que antes ignoraba (*ibidem*, p. 11). Nos hemos limitado a mencionar la opinión de Carrasco porque es un comentario a esta obra precisamente, pero hay que advertir que Juan Goytisolo no compartía la misma opinión y demostró que dicha visión siguió existiendo entre un

Como se dijo al principio, Sender ha logrado con *Imán* darnos un plano trascendente de significación universal más allá de lo episódico; por eso le interesó mucho dar a su obra un carácter general. Las citas textuales al respecto son muchas; la más importante es la que dice: «Si fuéramos a interrogar a todos los soldados, ¡cuántas historias parecidas oiríamos! [...] Aquí la desgracia se viste de uniforme y la tristeza tiene una frialdad enloquecedora» (p. 76). Sender lo subraya claramente al afirmar que «*Imán* trató de revelar la naturaleza y la misión de los ejércitos».²⁷

Lo que hizo Sender fue demostrar la falsedad de todo el contenido del discurso imperialista a través de escenas vivas, carentes de cualquier carga ideológica o de exhortación, y lógicas. En este trabajo mostraremos su respuesta por medio de un esquema que consideramos que responde mejor a estas acusaciones.

2.2. *El discurso y las técnicas narrativas*

El objetivo de esta parte es contestar la siguiente pregunta: ¿cómo se ha servido el autor de las diferentes técnicas en favor de su discurso? En este sentido, se podría señalar que hay una correspondencia casi total entre el discurso y las técnicas narrativas. En cuanto a los aspectos estructurales, Sender se encontró ante un gran desafío porque la obra tenía un doble objetivo: por una parte, mostrar la incapacidad del Ejército de España en el proyecto imperialista marroquí a través de las miserias de su protagonista, Viance, el cual refleja una realidad histórica, tal como se ha señalado en otras ocasiones; por otra, presentar un narrador culto capaz de plantear un tema de tanta envergadura como el que nos ocupa. El autor se inclinó por el uso de más de un narrador: Viance como símbolo de España y Antonio como portavoz del autor. Y no se limitó hacer esto, sino que lo explicó de forma reiterada. Ejemplo de ello es esta cita: «Estas reflexiones no las resuelve Viance; pero las plantea oscuramente y quedan iniciadas en la subconsciencia» (p. 177). En otro momento este narrador declara de forma explícita que «la derivación hacia lo político es obligada en los soldados más cultos» (p. 38).

Otro procedimiento es la narración retrospectiva, lo que lo Carraquer llama *rememoración*. Esto le sirve al autor para hacer muchas cosas que están en sintonía con el discurso antiimperialista, pues, además de llevar a cabo la denuncia social defendida por Peñuelas, según nuestra hipótesis, y como se explicará más tarde, le ha permitido contrastar la imagen de un Marruecos retrasado, pretexto del discurso imperialista, con la de una España también retrasada, pobre e infeliz que invalida su presunto papel de país civilizador.

sector considerable de los españoles hasta los años ochenta, e incluso que esta visión racista no se dirigía al pueblo marroquí de forma exclusiva, sino a todo Oriente. Como prueba de lo anterior, este autor ofrece las impresiones de unos turistas españoles sobre los egipcios. Para completar de forma profunda y exhaustiva este punto véase Goytisoló (1982: 8-24, 37-38 y 76-77).

²⁷ Lough (2001: 44).

El tercer aspecto es el uso de lo que podríamos llamar *prolepsis*, presentación anticipada imaginativa de lo que va a ocurrir o lo que el protagonista espera encontrar en el cuartel general o en su pueblo (pp. 142, 148 y 298). Se utiliza para profundizar y confirmar la absoluta falta de solidaridad, pues lo que él piensa de antemano es lo que él cree que merece, según la propaganda imperialista, como héroe nacional en una misión patriótica y cívica (agua, seguridad, camas y «tíos con batas blancas que se ocupan de uno»; «me acogerán como buen soldado»), mientras que lo que encuentra en realidad es la respuesta social, la valoración social de su tarea. En este caso existe una antítesis total entre ambas cosas. A este respecto se puede añadir el uso del contraste y el paralelismo de imágenes. Como ejemplo del primero encontramos dos escenas: aquella en la que el comandante ofrece su propio caballo para llevar a un soldado herido (p. 99) —aunque el autor nos advierte de que esta conducta es anómala y el comandante tiene «fama de sentimental y poco militar», que contrasta con otra en la que rechaza a llevar a dos soldados heridos en pleno combate, aunque tiene sitio de sobra en el coche para ellos, y le machaca los dedos a Viance con su pistola (p. 157). Esto mismo lo utiliza Sender en paralelismo con el pasaje del automóvil de los civiles que se niegan a llevar Viance, a pesar de tener un asiento vacío (p. 299), para mostrar la indiferencia de civiles y militares hacia la expedición española en Marruecos. Por último, destacamos el doble uso de las cosas, es decir, que una misma cosa puede tener efectos distintos dependiendo del contexto en el que se introduce. Peñuelas hace hincapié en este aspecto:

una coherente dualidad de significados, casi siempre presente en la técnica narrativa de Sender [...], que nos traslada insensiblemente de los hechos, de la anécdota, a niveles que proyectan implícita o expresamente significados más hondos.²⁸

Este investigador ofrece sus ejemplos en imágenes, mientras que nosotros lo hemos detectado en otros elementos. Por ejemplo, en Marruecos los cuervos indican la magnitud de la tragedia de la derrota española (p. 100), mientras que en España son una señal siniestra de ruina que oscurece la imagen de un país alegre y animado frente a un Marruecos triste y muerto.

En cuanto a las técnicas estilísticas, señalamos un uso abundantísimo de la ironía, que predomina en las páginas de la obra. Esta aparece bajo muchas formas, como la interrogación y el comentario. La primera se usa para mostrar la ambigüedad de la misión del Ejército y la guerra y sus consecuencias. Según Francis Lough, «la cuestión acerca de la culpabilidad discurre como un *leitmotiv*».²⁹ Casi siempre encontramos interrogantes sin respuesta: «¿quieres tú decirme qué interés tenía yo en venir aquí?»; «¿Qué habremos hecho para que nos metan en este tiberio?». Y se utiliza también para manifestar la imprecisión de la terminología del proyecto imperialista: «¿Sabes qué es la Patria?» (pp. 101, 103 y 121). Por otra parte, los

²⁸ Peñuelas (1971: 106).

²⁹ Lough (2001: 55)

comentarios tienen dos aciertos: el de la sorpresa, elemento esencial para una buena obra narrativa, y el de la sátira; ambos resumen el punto de vista crítico. Unos aluden a la vida militar en sí y al aire que se respira en ella, mientras que otros se refieren a los militares, sobre todo a los soldados. Como se verá más tarde (2.3.4.3), el autor hace comentarios satíricos e inesperados: «La justicia es locura» (p. 78); la compasión es inoportuna: «aquí la desgracia se viste de uniforme y la tristeza tiene una frialdad enloquecedora» (p. 76); el orden militar se identifica con el dominio, sobre todo en su faceta destructora, y al soldado le gusta comprobarlo (p. 269); «España te será fiel. Te incorporará a la legión de los soldados muertos en el cumplimiento de su deber» (p. 200). Y también plantea muchas preguntas: «¿Que qué hacemos? ¡Defender España!» (p. 101); «¿Quién hace a estos pobres animales responsables de la impericia o de la imprudencia del mando? ¿Cuál es el *deber cívico* de los mulos, de los caballos?» (pp. 176-177).

Otra cuestión relativa a la técnica es el uso del paisaje. Collard, que lo ha analizado detalladamente, ha llegado a la conclusión de que existe una relación entre las dimensiones antiimperialistas y anticoloniales y el tratamiento del paisaje, y afirma que este cumple muchas funciones en *Imán*. Por nuestra parte señalamos que estas funciones están en sintonía con nuestra hipótesis, pues el paisaje se incorpora a muchos elementos humanos y naturales que apoyan a los marroquíes. En este contexto, según Collard, en la obra el paisaje es activamente agresivo frente al invasor y raras veces es inocente.³⁰ La adhesión de la naturaleza toma formas materiales donde la llanura es un cementerio para los españoles y un zoco para los marroquíes (p. 161). Para subrayar este aspecto, Sender personifica los elementos naturales y les atribuye acciones, funciones y rasgos propios del ser humano, convirtiéndolos en soldados que acompañan a los marroquíes en su lucha: «La llanura amenaza por todas partes» (p. 176); «la luz de la llanura es como una inmensa cuchillada de verdugo que le segará la cabeza» (p. 180); etcétera.

Resumido, hemos visto cómo el autor ha empleado las técnicas narrativas a favor de su discurso: utiliza un narrador culto capaz de sentar filosóficamente las bases de su planteamiento; la rememoración, para mostrar una España retrasada e incapaz de jugar el papel que pretende estar desempeñando; la descripción, para rehabilitar la imagen de Marruecos, la cual refuta los presupuestos ideológicos del discurso imperialista; y, por último, el paisaje como un factor activo en apoyo de la causa de los marroquíes. Por otra parte, la presentación imaginativa anticipada indica la gran decepción del protagonista y la total indiferencia del pueblo español hacia esta causa. Finalmente, la ironía tiene como objetivo satirizar términos e ideas relacionados con el proyecto imperialista lanzando preguntas para las que no dispone de ninguna respuesta o aclaración. Así queda demostrada la importante presencia de las técnicas y su uso original en el discurso.

³⁰ Collard (1997: 208).

2.3. La temática del discurso

2.3.1. La rehabilitación de la imagen de Marruecos

Uno de los rasgos característicos del discurso antiimperialista es el de eliminar o anular la diferencia en cuanto a progreso y civilización entre España y Marruecos, porque, como hemos visto (2.1.), era la piedra angular del proyecto imperialista. La técnica empleada se basa en sobrevalorar ciertos elementos con respecto a Marruecos y desvalorizarlos al referirse a España, sin llegar a la falsedad ni a la mentira. Sender estaba interesado en ofrecer una buena imagen de aquel país desde el punto de vista humano, social y geográfico. Es curiosa su inquietud por este último elemento, el topográfico, pero resulta que este se encuentra en la idea de dualidad Marruecos / España utilizada por el imperialismo: moro cobarde / español valiente, Marruecos desértico / España verde, amena y apacible, etcétera. Un personaje reproduce el cliché de lugar inhóspito «que no cría gorriones» (p. 50) adjudicado al país africano. Como se ha visto anteriormente (2.2), este aspecto ha sido parte de un acertado estudio de Collard sobre la descripción y la función del paisaje en *Imán*. Este investigador señala:

La razón profunda por la que el texto insiste en los parecidos reales [entre los dos países] es ideológica: la proyección del paisaje africano en las geografías españolas enmarca, otra vez, una reflexión de tipo político e histórico.³¹

Más tarde se refiere al efecto de la experiencia marroquí en Viance: le produce un esbozo de conciencia de clase y de sentimiento antiimperialista y anticolonial.³² Sender, por su parte, nos advierte de la diferencia casi total entre la realidad y el cliché: «Viéndolos [a dos moros] hablar, comedidos de modales, amables, sonriendo a menudo, difícilmente se advertiría qué felina crueldad ocultan» (p. 160). Nótese la antítesis entre *amables* y *sonriendo*, y *felina crueldad*.

Para demostrar la pobreza material de España, el autor ofrece un cuadro del pasado del protagonista con unas pinceladas humanas, sociales y económicas. De una familia de cuatro personas, tres murieron de hambre. La situación de miseria se subraya con otros comentarios: su padre no se compró pantalones durante treinta años; su madre ahorraba el poquísimo dinero que tenía para medicinas para emplearlo en comprar ropa decente a su hermana; era imposible encender fuego en casa, y además no era necesario porque no había comida; en muchos años él no vio reír a sus padres, que le parecían más viejos de lo que eran; su hermano idiota dormía en pajares y dejó la casa de adobes por falta de alimento; el propio Viance trabajaba de sol a sol con medio pan y una cabeza de ajos para todo el día. Antes de pensar que el padre es un vago, el autor nos llama la atención sobre el hecho de que trabaja día y noche: la culpa la tiene la tierra, que es un secarral inútil (pp. 65-74). Estos casos de absoluta miseria, ¿no son acaso iguales que los de Marruecos, que se usan como pretexto para su

³¹ Collard (1997: 214).

³² *Ibidem*.

ocupación? El autor añade que España no solo es un país pobre cuyos ciudadanos mueren de hambre y desnutrición, sino también un país retrasado. Para llegar al pueblo donde trabajaba, Viance debía coger un carro o una mula, y en su vuelta de Marruecos tiene que andar 20 kilómetros por falta de caminos modernos asfaltados (p. 294). En este mismo país existen aves, como los cuervos, que son señal siniestra de ruinas. A este respecto se puede añadir la descripción negativa de los trenes: «eran viejos y míseros y los vagones hervían en un resol de podredumbre» (p. 294). Por otra parte, el Ejército puede ser, igualmente, ejemplo del retraso del país, ya que dispone de un armamento atrasado, con bombas de mano de poca potencia y ametralladoras que se atascan. Es muy significativo el lugar donde coloca el autor estos recuerdos de Viance, un poco entrada la novela (p. 64), para contrastar sus descripciones con el paisaje de Marruecos, que forzosamente debe ser negativo para desempeñar el debido efecto de reflejar el sufrimiento de los soldados españoles allí. Sería oportuno comentar que Viance tiene un hermano discapacitado, pues se piensa que este tipo de casos eran patrimonio de países retrasados como Marruecos. Igualmente, llaman la atención las coincidencias casi literales de estas narraciones con los interrogantes que plantea Barea en *La ruta* (véase la nota 18). Sería oportuno estudiar hasta qué punto han influido estos en Sender, puesto que llegó a convertirlos en cuadros narrativos. Como remate a esta situación de retraso, insinúa que también en España se difunden las supersticiones, pues se deja a los enfermos mentales en manos de los curas para sacarles unos supuestos demonios (p. 197). Tampoco escapa a Sender el elemento topográfico, que será uno de los aspectos sobresalientes de su descripción de Marruecos: habla de «una negra y abstracta España irresponsable», de «la estepa seca y oscura», «áspera y estéril», y añade: «Es igual. Ha recorrido España de punta a cabo. Ha visto llanuras, montañas, como en África. Igual, igual que allá» (p. 294). El objetivo de Sender es que nos preguntemos cómo un país en tan lamentable estado social, económico y de progreso como España podría civilizar a otro.

Si España es así, ¿cómo será Marruecos? El autor intenta contrastar esta imagen a través de descripciones positivas: «Hacia Annual el campo es verde, el paisaje es casi un paisaje civilizado» (p. 86). Además piensa: «Esta tierra es como la de los demás países [...], como la tierra de España. No solo se siembran balas y se cosechan muertos. Hay cogujadas, como allá y podría haber plantíos y árboles» (p. 191). Hay que llamar la atención sobre el uso de la expresión *más verde*, que da a entender que existen otras partes verdes también; otro vocablo, *civilizado*, viene precisamente a oponerse a la palabra *salvaje*, que se utilizaba frecuentemente en la descripción de todo lo relativo a Marruecos, como dice el propio autor en la misma obra: «Luego nos quejamos de lo que hacen los moros con nosotros y los llamamos salvajes» (p. 256). Igualmente, es llamativa la repetición de la palabra *paisaje*, que tiene connotaciones muy positivas: panorama, horizonte, marina, etcétera. Con la frase antes citada «Esta tierra es [...] como la de España», Sender quiere normalizar la situación del país, decir que es como los demás. Pero el autor insiste en la ausencia de una relación antitética entre los dos países en el aspecto topográfico, e incluso añade la similitud en cuanto

a las aves. Todo esto lo vamos a ver reiteradamente: «Igual, igual que allá»; «No hay tanta diferencia». Casi al final de la novela, el autor confirma la similitud entre los dos países: «El campo, el paisaje, no son lo que se figuraba en Marruecos. No hay tanta diferencia entre aquel campo y este. Matas, tomillo, tierra parda, blanca y alguna vez rojiza. Cuervos, lo mismo que allá» (pp. 297-298). Se nota que estas apreciaciones están hechas por el narrador; son glosas que añade como remate a sus ideas, lo cual refleja un estudio y una intención premeditados por su parte.

La atención de Sender a la topografía marroquí viene subordinada a su interés por el ser humano, en este caso el marroquí. Según la crítica, se trata de una constante senderiana, como veremos en las conclusiones. Es muy difícil hacer un recuento de las veces en que en la novela se trata a los marroquíes como personas o seres humanos plenos, ya que son numerosísimas, tanto explícita como implícitamente. Sender ofrece unos marroquíes distintos, casi contrarios, a los representados en el discurso imperialista: buenos soldados e inteligentes, tienen un Ejército bien equipado y disfrutan de buena salud; son felices, amables, humanitarios, cultos, tolerantes y valientes; aunque víctimas de los españoles, respetan los derechos de los prisioneros, se solidarizan y se ayudan, y entre ellos no hay tanta diferencia de clases (pp. 87, 99, 144, 160, 230, 258 y 282). Estas descripciones vienen dentro cuadros que merecen ser analizados detalladamente. Nos limitamos a unos cuantos por razón de espacio. Lo más llamativo es la influencia de los marroquíes en el protagonista y su reacción hacia ellos. Primero Viance siente admiración hacia los marroquíes y se considera inferior a ellos (p. 144). Por otra parte, le hacen reflexionar sobre las causas que han convertido a los españoles en personas sumisas (p. 294), lo cual se repite en el pasaje del anciano español (p. 184). Más tarde, cuando se rebela contra el médico, se siente identificado con ellos. En algunos casos su *morofilia* podría considerarse como un canto a la vida y una oda a los marroquíes mediante el uso de términos positivos que son sinónimos o pertenecen a un mismo campo semántico, como *alegría feliz*, *despreocupada lozanía física* o *armonía de movimientos*.

La primera historia es la del viejo español. Está bien trabajada, es muy animada, en ella predomina el diálogo, con parlamentos y acciones muy vivas, y tiene una extensión considerable, unas ocho páginas enteras (pp. 181-188). Este español, revivificación del personaje galdosiano de *Aitta Tettauén*, El Nasiry, es testigo de la guerra del 60 y comentarista de la segunda guerra imperialista de los años veinte del siglo xx. Es un cuadro síntesis donde el autor plantea muchos temas por los cuales muestra interés a lo largo de la obra; a saber: la explicación de la guerra de África, sus auténticas causas, la naturaleza y la forma de ser de los marroquíes, las expectativas de futuro para los dos pueblos, fuera de la órbita de la influencia de los jefes. El propio anciano es una personificación de la posibilidad de una convivencia pacífica entre los marroquíes y los españoles. Después de participar en aquella guerra decidió quedarse allí; se enamoró de una marroquí y se vistió y vivió de la misma forma que ellos. El autor aprovecha la experiencia del personaje y su resultado para referirse positivamente a los marroquíes, como se señaló antes (p. 187). Igualmente, pone

en antítesis la rebeldía de los jóvenes marroquíes frente a la sumisa juventud española que aceptó participar en la guerra. ¿Este personaje tendría algún paralelo con el sargento marroquí Blacksen de la misma novela? ¿Los dos representarían el pensamiento ilustrado en su forma original, basada en la tolerancia y la comprensión? Yo contestaría de forma afirmativa, pues el autor pretende hacernos recordar las ideas originales de la Ilustración, que han sido manipuladas por el imperialismo.

El segundo pasaje es el del viejo árabe. Es de gran trascendencia, pasó inadvertido para la mayoría de los comentaristas de la obra. Se trata de una secuencia de dos páginas y media (pp. 256-258) que ofrece una imagen cotidiana del moro. La primera nota es la presentación de los marroquíes como personas normales y corrientes, no salvajes como en el discurso imperialista, dispuestas a llevar una convivencia pacífica, solidaria y auténtica incluso con los soldados del ejército español invasor, porque los consideran tan víctimas como ellos. Se sobreentiende que Sender quiere mostrar que entre los pueblos no hay odio ni conflicto. La elite político-militar-religiosa explota a su pueblo, según sus propios intereses, para atacar a otro. El pasaje nos habla de cómo colectividades heterogéneas, fuera de las presiones de sus respectivos líderes, pueden mezclarse como si fueran una sola raza, etnia o religión. Sus dirigentes, hambrientos de fama, poder y riqueza, despiertan en ellas esos pensamientos insanos. Blacksen, un soldado marroquí en el ejército español, se encarga de defender estas ideas, que son las del propio Sender: el parentesco entre el marroquí y el español. Por otra parte, hace hincapié en una característica de la civilización islámica: el reconocimiento total del otro, incluso en su aspecto más polémico, el religioso, y lanza una invitación al ecumenismo mundial. Como notas semánticas encontramos palabras y frases significativas: «Abuelos míos», «españoles de Corduba», «Estar igual», «más cabeza, Dios es el mismo, el tuyo y el mío» (p. 258). Lo que nos quiere decir es que si reflexionásemos llegaríamos a la conclusión de que todos los pueblos son iguales. El narrador hace suya esta característica de la civilización islámica: «van, efectivamente, a rezar a su Dios, el mismo de los rebeldes, el mismo de los cristianos» (p. 257). Obsérvese la repetición de la expresión *el mismo*, que confirma de forma absoluta esta unidad entre todos los pueblos. Igualmente, el autor describe al viejo árabe de forma muy positiva: «grave y solemne como un patriarca».

2.3.2. La negación de la misión civilizadora

Uno de los grandes aciertos de Sender en esta novela es la omisión de la vida civil. A lo largo de la obra no se habla de escuelas, hospitales, etcétera. Los propios responsables de la misión colonizadora han criticado su escasez y su ineficiencia. En las celebraciones del segundo aniversario de Annual se ponían en entredicho los presupuestos civilizadores del Rif.³³ Sencillamente, la Administración española no

³³ (Moga, 2005: 66).

tenía tal intención, y la usaba solo para embellecer la expedición imperialista. La actividad que España llevaba a cabo, según la obra de Sender, era todo lo contrario de su pretendida misión. Destruir las casas e incendiarlas y tirar gases eran actos cotidianos. Estos hechos no eran necesarios desde el punto de vista militar, sino que se basaban en simples deseos de comandantes y generales (p. 269). Así, el autor escribe:

el general S. era un tío flamenco que no dejaba parar a nadie. Cavilaba siempre la manera de armar follón, y [...] le gustaba organizar salidas por los aduarez. No quedaba una gallina ni una "funa". Arramblábamos con todo y quemábamos las casas. (p. 87)

Fijémonos en las formas verbales utilizadas —*gustaba, arramblábamos, quemábamos*— y en su función semántica, pues dan a entender que se trataba de una costumbre, de algo frecuente; además, el verbo *gustar* indica que todo eso no se hacía por necesidad, sino por gusto. Efectivamente, el acto de lanzar gases se repite varias veces en *Imán*. En otro lugar el autor describe otra acción a cuya crueldad no escapan ni los animales, de los que dice que están «con las tripas hinchadas» (p. 288). Las agresiones no solo se llevan a cabo en el campo de batalla, sino que ocurren igualmente en un espacio civil: el mercado. Los españoles aplican impuestos que sobrepasaban el modesto valor de la mercancía que traen unos viejos, y «los cocineros de los oficiales o de los sargentos españoles los desvalijan a veces» (p. 250). La forma de describir este hecho es conmovedora: «Dos docenas de moros llegan de sus aduarez con mercancías miserables. Son todos viejos. [...] Traen huevos, higos chumbos, [...]. Han andado diez o doce kilómetros para llegar hasta aquí» (pp. 249-250). El sufrimiento de estos hombres se refleja con las expresiones *todos viejos* y *han andado diez o doce kilómetros*, y su pobreza, con la enumeración de las mercancías que llevan. Según Luis Monferrer, estos procedimientos parecen estar en abierta contradicción con la alta misión civilizadora y educadora preconizada por el inspector general en su libro de 1919 *La enseñanza en Marruecos*. Esta acción incivilizada ha generado lacras sociales que no existían anteriormente en la sociedad marroquí, como la prostitución, incluso entre los niños. El autor nos ofrece el caso de una niña prostituta. A través del relato se advierte, por ejemplo, su corta edad: «Su cuerpo no denuncia relieves de pubertad. Es fino, asexuado»; el autor insiste muchísimo en convencernos de que es pequeña utilizando términos y expresiones como *niña, once o doce años, ojos infantiles o preocupación extemporánea* (p. 251). Luego Sender insinúa que no se trata de una profesional al mencionar la vergüenza que se revela en su cara, y alude a su excesivo ejercicio de la actividad, que se nota en que es conocida entre los soldados y tiene una enfermedad venérea. El caso de esta niña explica la función de unas páginas que han pasado desapercibidas para la crítica y que se consideraron una ampliación inadecuada. Me refiero a las escenas de prostitutas, pues el autor quiso resaltar la torpeza de la niña frente a la habilidad de las otras (pp. 262-264). Al término de la historia, Antonio nos advierte sobre las causas de estos casos y su efecto negativo en el futuro de las relaciones entre los dos pueblos. Según él, «el odio seguirá en los corazones y se transmitirá de padres e hijos» (p. 252). La tesis de

la imposibilidad de la misión civilizadora, ofrecida de forma narrativa por Sender, ha sido confirmada por Miguel Martín: «No se podría transmitir cultura, civilización, paz a los marroquíes porque los españoles no lo tenían. No podían proporcionar libertad porque carecían de ella».³⁴

Como nota final a este apartado, hay que tener en cuenta que el autor, en su descripción de los actos civiles cometidos por la Administración española, se limita a mencionar la recogida de impuestos por parte de un cabo militar. Así, no se puede hablar de una misión cívica, sino de una ocupación hecha por militares y bajo el fuego de las ametralladoras.

2.3.3. Ofrecer causas auténticas

Sender se preocupó muchísimo de ofrecer otras causas de la guerra de África distintas a las declaradas por los responsables del proyecto imperialista y su pretendida misión civilizadora. Este tema ha sido el punto central de muchos pasajes, algunos de los cuales han merecido una gran atención de la crítica. Este fenómeno se expresa en cinco ocasiones (pp. 164, 174, 176, 183 y 294). Se trata en su mayoría de reflexiones profundas y fuertes que lanza el narrador, excepto una, que tiene la forma de diálogo, en el episodio del anciano español. En cuatro de los casos se trata de la exposición de dichas causas, mientras que la quinta es su interpretación. Si hubiera alguna coincidencia entre ellas sería la identificación de las causas con sus respectivos agentes. Estos son «unas docenas de seres», unos viejos que no tienen «más que vanidad y miedo. Ni una idea humanitaria, ni un sentimiento puro», y que sirven a «los intereses sembrados alrededor». La toma de postura por parte del autor se nota en el vocabulario que utiliza: *seres*, *viejos*, *vanidad*, *miedo*. Además llama la atención que son muy pocos: *unas docenas*. El propio Sender indicó que escribió esta novela precisamente para discutir la función de un agente importante entre ellos: los ejércitos de su tiempo.³⁵ En la escena de San Juan de las Minas, el autor insinúa que esta guerra es una parte del proyecto imperialista occidental que se comercializa bajo la «civilización de Occidente». Lo que apoya esta hipótesis es su interpretación del conflicto, que viene en su reflexión de la página 294, un remate, sentencia o juicio profundo y filosófico que hace el protagonista al regresar a España como si fuera el resultado de una experiencia. El autor considera que esta guerra es una parte de la lucha de clases histórica, ya que no existe ningún tipo de discordia o conflicto entre el español y el africano, pues este es «gemelo [...] y hermano mayor» de aquel (p. 295). Esta misma idea existe en la escena del anciano español, para quien «la humanidad ha sido siempre así» (p. 183), y en la del soldado agonizante, donde Viance se pregunta irónicamente si «también el duque de su pueblo se

³⁴ Martín (1973: 62).

³⁵ Sender (1990: 26).

habrá ido a hacer puñetas» (p. 165) como consecuencia de la revolución que ha estallado en España. Según él, los marroquíes y los españoles son víctimas de la aristocracia del norte que los persigue en su búsqueda de títulos de grandeza y de Deuda. Termina su juicio con una frase concluyente, precisa y firme, que rechaza cualquier otra interpretación: «Por ignorarlo [que la guerra es una parte de la lucha de clases], se pierde su razón en laberintos» (p. 295). Igualmente, transpone un adjetivo, *bárbaros*, que casi siempre se empleaba para calificar a los marroquíes, y lo utiliza para los del norte, es decir, al contrario de su uso habitual. La crítica ha coincidido con su análisis de las causas de la guerra. Miguel Martín lo expone así:

¿Cuál fue entonces la justificación? La necesidad de prestigio de un ejército desprestigiado. La guerra era una verdadera guerra en la que se podría hacer verdaderos méritos. Se abría el sangriento escalafón que ha podido desear y mantener abierta profesión alguna. Solo veían en Marruecos un zoco, un mercado de ascensos y recompensas, medallas y cruces.³⁶

Por su parte, Collard lo confirma:

Viance, soldado raso, uno de *los de abajo*, contempla, desde abajo, aquel conjunto de instalaciones y rocas. Y lo contempla con «cierta satisfacción maligna y vengativa» porque comprende de manera más o menos precisa que se encuentra delante de la causa verdadera de su presencia en Marruecos, de tantos sufrimientos, de tantas muertes.³⁷

Como ha quedado claro de los tres apartados anteriores (2.3.1, 2.3.2 y 2.3.3), Sender trató de refutar los presupuestos ideológicos del discurso imperialista relativos a la situación de Marruecos y a cómo España desempeña su deber cívico modernizándolo, y ofreció las auténticas causas. A continuación presentamos su visión satírica de todo el proyecto.

2.3.4. Presentación satírica del proyecto imperialista

2.3.4.1. Identificación de agentes imperialistas

La presentación satírica del proyecto imperialista la hizo Sender por dos procedimientos. El primero consiste en identificar los agentes sociales implicados en la empresa imperialista; el segundo, en criticar su esencia, su base ideológica y su actuación. Este plan no lo llevó a cabo directamente, es decir, dedicando a cada parte unos capítulos o páginas por separado, sino todo lo contrario: dirigió sus duras críticas al proyecto imperialista en su totalidad dejando esta búsqueda a cargo del lector. La identificación de esos agentes, imprescindible para el desarrollo posterior de su crítica, ha preocupado también a otros autores, como Galdós y José Díaz Fernández, quien, en su cuento «Magdalena roja» (*El blocao*, pp. 77-78), dice: «¿Qué defiendes con tu fusil? [...] Di. A los políticos, a los burgueses, a los curas, a los

³⁶ Martín (1973: 62).

³⁷ Collard (1997: 212).

enemigos del pueblo».³⁸ En todo caso, tenemos dos escenas que nos muestran estos agentes desde el punto de vista de Sender. La primera estampa es la visita de Viance al poblado minero de San Juan de las Minas. El cuadro, según nos lo ofrece el autor, está lleno de notas relativas a los agentes, lo que será analizado más tarde. Lo más importante es que encontramos en él las señas de identidad de todos ellos. De la Iglesia ha tomado el nombre, *San Juan*. Luego vienen los capitalistas dueños de la empresa, simbolizados por trenes mineros y una tabla de cotizaciones de bolsa. Después, el Ejército con sus principios: patria, etcétera. En la nota final se presentan unos soldados, víctimas del imperialismo, que se han refugiado al pie de la tabla de cotizaciones, irónicamente, para morir. Lo que llama la atención es que ningún agente cumple con sus presuntos principios, como se explicará más tarde. La segunda escena es la del soldado agonizante que sueña que en España se organiza una revolución y el rey, los duques (capitalistas) y los obispos son expulsados del poder por ser los responsables al proyecto imperialista (p. 164). Es decir, el Estado incluye a los militares, a los capitalistas y a la Iglesia. Viance satiriza al Estado por hacer morir un pueblo entero para sostener el derecho cívico de una docena de seres.

La última observación en este sentido es la presentación de algunos agentes a través del paisaje con notas satíricas: paisaje militarizado y paisaje colonizado, con comentarios que ofrecen lo peor de cada uno.

2.3.4.2. Críticas a agentes

a. El agente religioso y el agente político

Dado que el espacio de crítica a la Iglesia y al agente político es limitado, los trataremos ahora, y después nos dedicaremos de una forma más profunda a los comentarios sobre el Ejército. Sender critica a la institución religiosa en tres lugares, las dos escenas mencionadas en el apartado 2.3.4.1 y la del cura (p. 60), que es la más famosa de todas y que ha sido objeto de análisis por parte de muchos estudiosos. En ella el autor satiriza el pensamiento religioso y resalta sus contradicciones y su demagogia para apoyar ideas medievales que no convencen a nadie hoy día. Sender considera que la postura de la Iglesia frente a la guerra y a la muerte y la destrucción que causa es una parte de todo un sistema de pensamiento basado en forzar o proponer doctrinas que no justifican aquello de lo que quiere convencer a su interlocutor. Las notas satíricas de este tipo son muchas. La primera es el uso interesado de los principios religiosos. Un principio tan primordial y humano como el mandato de no matar se cancela o no se cumple cuando se trata de un adversario religioso. Lo que llama la atención es la espontaneidad, la frialdad y la indiferencia del comentario: «No importa». Al mismo tiempo, la justificación es forzada; el lector siente, sin ningún esfuerzo y por el simple orden de términos, su falsedad. La

³⁸ Citado por Monferrer (2001: 332).

segunda es la argumentación a favor del colonialismo, que lleva en sí todo tipo de demagogia, pues la tierra es de los marroquíes, pero también de los españoles por ser *patria de Dios*. La tercera nota hace referencia a lo que podemos llamar *fidelidad o lealtad* de la Iglesia hacia Dios y el rey. El autor aprovecha la escena para criticar el pensamiento religioso en su aspecto político, pues, aunque el cura utiliza términos como *patria de Dios, investidura de Dios*, etcétera, y apoya barbaridades en nombre de Dios, este sale mal parado frente al rey según esta ideología: a quien falta al rey lo fusilan en la tierra y en absoluto se salvará en el cielo, mientras quien a ofende a Dios no le pasará nada.

En la escena de San Juan de las Minas se nota la utilización intencionada de un considerable número de símbolos religiosos y términos alusivos al credo cristiano: *San Juan, anacoreta, místico, virtud, abstinencia, ayuno, bautismo, procesión, piedad cristiana* (p. 174). Pero estos términos no llevan a cabo su misión de salvación, sino que representan una idea de pérdida y contradicción. En este ambiente impregnado de símbolos religiosos, los trabajadores pierden sus derechos: «Prostitución del trabajo impuesto y mal pagado. Nada de jornadas establecidas ni jornales mínimos». Queda demostrada la responsabilidad de la Iglesia en la empresa imperialista que esta campaña simboliza en la aplicación de todos los males del sistema capitalista a través de la explotación de trabajadores. Otra crítica a la Iglesia, aunque pasajera, se observa cuando el autor califica de sádica la mirada de las beatas que están delante de la cruz de Jesucristo y la compara con la de los marroquíes en el campo de batalla (p. 197).

Por otra parte, la crítica al agente político, es decir, al rey, se realiza de forma fugaz en la escena del sueño del soldado agonizante y en la del cura. El autor no le concede la importancia que merece, y cuando se entabla un diálogo sobre su destino el autor se inclina por dejarlo en paz y no matarlo si deja el poder. La justificación de esta opinión podría ser sorprendente: Viance no quiere matarlo, no porque no lo merezca, sino por su rechazo a matar a cualquier persona.

b. La crítica al Ejército³⁹

Sender considera el militarismo como el aspecto más importante del proyecto imperialista, lo cual hizo pensar que el antimilitarismo era el tema principal de la obra, a pesar de que aquel no es más que una parte de dicho proyecto. Por otra

³⁹ El testimonio de Walter Harris sobre la situación del Ejército español y sus soldados nos da idea muy clara de la correspondencia entre los datos históricos y la presentación narrativa que ofrece Sender, que nos parece casi total. «Malnutridos —escribe Walter Harris—, mal vestidos y maltratados, a los jóvenes de España se les había privado sistemáticamente de casi todas aquellas cosas a las que tenían derecho. Los hospitales de campaña y la asistencia médica eran despreciables. Los heridos permanecían a menudo tendidos durante días antes de ser auxiliados, y la fiebre hizo estragos entre las tropas» (cit. por Lough, 2001: 47). También escaseaban los víveres y muchos soldados estaban desnutridos. Los oficiales cobraban poquísimo y algunos tenían un trabajo complementario (ibidem, p. 48).

parte, estamos de acuerdo en que se trata de un elemento aparejado al imperialismo, sobre todo en una época en la que todavía era pronto para hablar de otras formas de colonialismo, como el político o el económico. Por todo lo anterior, es muy difícil dar el número exacto de los lugares de la novela donde se censura la actuación del Ejército, pues la obra entera son las memorias de un soldado. Sender criticó todo: su composición, su actuación, su moral, las relaciones existentes entre las distintas categorías militares, su estado en aquella guerra, la injusticia, las desigualdades, etcétera.

Aprovechamos el resumen que ofrece Santiáñez de los distintos rasgos del antimilitarismo señalando su lugar en la obra, y al mismo tiempo tratamos algunos puntos de forma analítica por servir mejor al objetivo de este trabajo. Entre dichos rasgos figuran

Los injustos castigos sufridos por Viance (pp. 98-100, 315-316, 358, 362); el comportamiento cruel y arrogante de algunos oficiales (v. g. pp. 165-167, 301, 302-303); la cobardía y la criminal incompetencia de algunos oficiales de alto rango durante los hechos de Annual (pp. 158, 218-220, 278-279); la absurdidad de ordenanzas como la que impide a Viance ingresar en el Hospital Alfonso XIII (pp. 303-305); el lenguaje patriotero y la huera exaltación del heroísmo inculcada en los soldados; y la destrucción de la individualidad del soldado en aras de la disciplina militar [...]. El último de ellos es particularmente importante en la historia de la novela, pues desempeña un papel determinante en la alienación de su protagonista.⁴⁰

Entre los puntos que nos interesa plantear sobre el antimilitarismo del autor y su discurso antiimperialista está el de la composición del Ejército. El número exacto de lugares o citas que tratan este punto es muy difícil de contar debido a su tratamiento indirecto, pero se pueden señalar las páginas 36, 78, 79, 86, 112, 127 y 244, según las cuales el Ejército se compone de locos, delincuentes, indígenas, analfabetos, adolescentes y criminales.⁴¹ Este hecho tiene un significado muy especial que supera la simple descripción. El primer grupo que nos interesa, el de los adolescentes, indica el desgaste que causó la empresa imperialista en la juventud española, y por lo tanto, su efecto negativo en los recursos humanos del país, pues, por falta de jóvenes disponibles, las autoridades recurrieron a reclutar adolescentes.

El segundo grupo es el de los analfabetos. Constituyen la inmensa mayoría de los soldados, que se caracterizan por su bajo nivel cultural. En todos los diálogos mantenidos en la obra, que son muy abundantes especialmente en las partes primera y tercera, se utiliza un léxico local y casi rústico y predomina una falta de

⁴⁰ Santiáñez (en Sender, 2006: 47).

⁴¹ «Servir en las compañías disciplinarias —escribe Sender en *Cabrerizas Altas*— era una pena de muerte disfrazada. Entre soldados de estas compañías por un billete de 25 pesetas había quien era capaz de matar a su padre» (cit. por Monferrer, 2001: 336). Por otra parte, Miguel Martín (1973: 95) añade: «El 80% de los reclutas eran analfabetos. Su moral de combate era nula y la corrupción total». Reproduce un testimonio de un compañero del sargento Arturo Barea: «Si no te prestas a robar para otros y para ti, te quitarán la plaza, te trasladarán después, te mandarán a donde a revientes de hambre y corras el riesgo de un tiro a cada momento».

precisión fonética como la de los campesinos. Aunque aceptamos la opinión de Carrasquer, que considera que este elemento se usa para que el lector entre en el clima y en la cultura de la región y vea los personajes de forma más auténtica,⁴² pensamos —y esto estará en sintonía con nuestra interpretación— que podrían servir igualmente para reflejar su bajo nivel cultural y, por lo tanto, su incapacidad para llevar a cabo la misión civilizadora que pretende el imperialismo, como había dicho Díaz Fernández en sus interrogantes reproducidos en el presente trabajo. Nuestra prueba se basa en que, además de las variaciones fonéticas que podrían corresponder a las distintas comarcas lingüísticas de España, hay otras cuya única interpretación es el escaso nivel cultural de los soldados, como el que suele convertir la *l* en *r* u omitir la *r* final (pp. 210, 215-216). En este sentido, Sender induce al lector a formularse una pregunta: ¿cómo podría un soldado de escaso nivel cultural realizar el deber cívico de España?

Respecto a la presencia de los locos, aunque podría utilizarse, como señaló Carrasquer, para decir verdades que acarrear responsabilidades,⁴³ indica además la desastrosa situación del Ejército en cuanto a organización. En vez de ser dados de baja y enviados a un hospital para que los curen, siguen en activo, prestando servicio. En segundo lugar, a nuestro entender, es una muestra de la escasez y el limitado número de soldados disponibles, al igual que el caso de Viance, que está herido y cansadísimo después de haber andado una increíble distancia y no lo dan de baja porque existen órdenes de no conceder permisos de baja de servicios. Es decir, que esto no se regula por criterios médicos profesionales, sino por otros administrativos y militares. En tercer lugar, lo más importante a nuestro parecer es que evidencia algunos problemas crónicos del Ejército. Fijándonos en las manifestaciones patológicas de los tres locos encontramos que uno agarra su botella de agua, pero no toma ni una gota, lo que indica su escasez, algo que ha sido reflejado a lo largo de la obra en escenas de gran dramatismo como la del anciano español exsoldado de 1860 (p. 181). El segundo loco habla en sus disparates de plazas, condecoraciones, revelando otra constante de la obra: el clasismo y la falta de justicia en el Ejército, pues los soldados de cuota son mejor tratados que los regulares debido al pago que efectúan sus familiares, etcétera. Además, hay unas plazas, como las del hospital o las de las oficinas, que son destinadas a los familiares de la gente poderosa del país. Este tipo de injusticia lo padeció el protagonista de la novela, que «con su oficio [de herrero] podría haber hecho un buen papel en la armería del regimiento», pero, según Antonio, «para conseguir esos destinos [...] hay que saber explicarse» (pp. 40-41). No sabemos hasta qué punto podría ser oportuno suponer que a través del personaje Sender quiso reflejar casos reales de soldados a los que el sufrimiento de alguna injusticia de este tipo les llevó a padecer una patología similar. El último loco, que

⁴² Carrasquer (en Sender, 1992: cxxiii, y 1970: 51).

⁴³ *Ibidem*, p. xcii.

se queda quieto dando gritos tremendos por la noche, representa la situación general de los soldados llevada al extremo, la alienación, señalada anteriormente por Santiáñez. A lo largo de la obra encontramos casos similares, explícitos o implícitos. Así, por ejemplo, lo que llama la atención de Antonio respecto a Viance es su impersonalidad, y el protagonista nos advierte de que esto algo habitual: «Hay también locos intermedios» (p. 79). En todo caso, la presencia de estos grupos da la idea de un Ejército retrasado y mal compuesto.

El segundo punto al que se refirió Sender de una forma reiterada es la crueldad, el salvajismo de los militares españoles, que no se limita a realizar las operaciones necesarias, sino que las sobrepasa con creces sin distinguir entre objetivos militares y civiles. «Estas violencias —advierte Jean-Pierre Ressayt— resultarían casi “normales” (u obvias) en la lógica de una guerra si no estuvieran marcadas por las repetidas manifestaciones de salvajismo del fuerte contra el débil o el vencido».⁴⁴

Una parte de esta acción la hemos abordado anteriormente (2.3.2) al hablar sobre la negación de la misión civilizadora; aquí trataremos los ejemplos más llamativos. Las páginas de 193-197 de *Imán* relatan actos de horror contra un niño, unas viejas y un combatiente herido que podrían funcionar como muestra. Lo que nos importa aquí es la habilidad del autor para mostrar el salvajismo y el sadismo a través de un uso muy acertado del vocabulario, el ritmo de la acción y el juego conmovedor de las víctimas para suscitar la simpatía y la solidaridad hacia ellas y el odio hacia el Ejército. Pensamos que este acierto se verá con más claridad si reproducimos la cita, de forma muy resumida, poniendo en cursiva los términos que apoyan nuestra idea:

Un *niño* moro aparece de pronto. Seis o siete años [...]; pero Rivero avanza y *su gruesa bota* claveteada *se hunde* en el vientre del *pequeño*, que *rueda sin sentido*. [...]

Viance espera órdenes de Rivero [...]. Hay en sus caras una *contracción animal, de fieras*. [...] Chillan las *viejas* y Viance dispara sobre una de ellas [...]. Rivero *aplasta* con un pie las fauces del indígena [...]. Viance *caza* [a la otra vieja] de dos tiros. [...] Rivero [...] descarga un *formidable culatazo*, que esquiva la vieja. [...]

Viance vuelve de un salto. Se encuentra con la expresión de horror del moro. [...] Viance *le arranca el machete y se lo vuelve a clavar* en el cuello, interrumpiendo una frase temblorosa del indígena [...]:

—*Estar amigo*. (pp. 193-197)

Los términos puestos en cursiva reflejan la debilidad de las víctimas y la brutalidad de los actos de los verdugos. Con esta falta de correspondencia entre actos y víctimas el autor conmueve muchísimo al lector. El sadismo llega hasta los muertos: en una escena los soldados españoles desentierran el cadáver de un marroquí y lo cruzan en el camino de los camiones. El cadáver queda convertido «en una pasta reseca y disforme», lo que da lugar a una conversación entre los soldados sobre los

⁴⁴ Ressayt (2004: 26).

actos del Ejército basados en la muerte y la destrucción (pp. 255-256). Con estos cuadros tan salvajes queda demostrada la crueldad de los militares. Además se mata a prisioneros y se llevan a cabo más acciones de esta índole que no citaremos aquí para evitar una repetición indebida.

Otro aspecto de la crítica al proyecto imperialista es la narración sobre la actitud del pueblo español hacia esta empresa, representada en Viance.⁴⁵ Este soldado, primero en su camino de regreso al cuartel general, y a España después, recibe todo tipo de desprecios, burlas y humillaciones de militares y civiles. Sender lo resume en una reflexión de Viance que reproducimos por su importancia:

En España nadie sabe lo que aquí pasa. De vez en cuando dicen los periódicos: «Nuestros soldados mueren en África», pa molestar al Gobierno; pero el pueblo y los ministros ya se han acostumbrao. ¿Bueno, y qué? Aquello está lejos, y en todo caso es la defensa de la Patria. Oye, tú, muchacho: ¿Sabes qué es la Patria? (p. 121)

Si analizamos este párrafo encontramos una ignorancia total de lo que estaba pasando en Marruecos, que podría reflejar el mutismo que ejerce el Gobierno y su interés en ofrecer una versión falsa, tal como hemos señalado antes. Pero también indica la falta de preocupación del español corriente, el de la calle, que representa a casi todos los españoles. Los únicos a los que parece importarles este asunto son los periodistas, pero no por convicción o por solidaridad, sino para *molestar al Gobierno*.

El Gobierno y el pueblo no se interesan por aquella guerra ni por sus consecuencias, y no les molesta la muerte de sus soldados porque están acostumbrados y «está lejos», es decir, no representa un problema político interno. Se observa, por un lado, la confirmación de la falta de preocupación del pueblo a través de la repetición, pues la forma negativa *nadie sabe* se refiere a todo el pueblo. La segunda es la interrogación irónica *¿Bueno, y qué?*, que indica indiferencia total y desinterés. Después de este juicio Sender ofrece escenas que confirman que nadie se entera de aquella misión civilizadora, ni los propios militares. Desde su salida del campamento, destruido por los marroquíes, hasta su llegada a su pueblo, que tampoco existe ya, Viance ha de soportar todo tipo de desprecios y burlas, primero de los militares y después de los civiles. Con los militares el sufre tres incidentes: el del automóvil, el de su recepción por parte del coronel y el del médico. Con los civiles vive otros similares: el de las mujeres de Melilla, el de la aduana, el de las empleadas de limpieza de la estación del ferrocarril, el del automóvil y el de los trabajadores y la cupletista de la cantina. En ninguno de ellos se valora, ni siquiera se recuerda, su misión patriótica civilizadora ni su sacrificio o su heroísmo por haber sido el único superviviente. El coronel del automóvil no le permite subir a su coche oficial a pesar de que está herido y en compañía

⁴⁵ Díaz Fernández señala la despreocupación y el desinterés del pueblo por la suerte de quienes arriesgaban su vida. Igualmente, critica el alejamiento de la clase política y denuncia la irracionalidad de una guerra anacrónica que responde a unos intereses espurios y a un colonialismo mal entendido. «Del problema de Marruecos solo se ocuparon unos cuantos señores que tenían industriales aquí, y los políticos que necesitaban colocar un tópico para sus programas» (Díaz Fernández, 2004: 29 y 153).

de otro soldado que está agonizando, e incluso le pega con la pistola para que abandone el vehículo. En Melilla, las dos mujeres no sienten hacia él admiración, sino compasión, y no le dan cobijo por miedo a los piojos. En el cuartel general el médico no se solidariza con él, ni se le concede algo a lo que tiene derecho, la baja por estar herido. Si los propios militares no aprecian el sacrificio que realizan sus soldados, ¿quién lo hará? En la aduana se apoderan de lo único que le queda: dos cajetillas de cigarrillos. En una estación de tren dos mujeres se burlan de su aspecto. En su pueblo, el conductor del automóvil no quiere a llevarle, aunque le había indicado el camino que debe seguir, al enterarse de que viene de Marruecos y por temor a los piojos. Según esto, parece que lo único que los españoles saben sobre sus soldados de África es que tienen piojos, pero ignoran qué hacen y por qué lo hacen. Esta postura de falta de interés es lógica porque nadie, según la novela, entiende la razón de aquella guerra. A lo largo de la obra los propios soldados se interrogan entre sí sobre todo esto y nunca llegan a una respuesta convincente. La escena de la que hemos reproducido una parte (p. 121) lo dice. En todo caso, Sender satiriza sobre todo el hecho de que los soldados no tengan una idea exacta de algo tan importante como la patria, y ridiculiza de forma particular al Ejército al negar la existencia de un credo militar que determina el enemigo contra el que hay que combatir. Sender, exsoldado, que conoce la importancia que tiene este aspecto para dar lógica y sentido a la vida militar, lo plantea en la primera página de la obra y con gran maestría. Allí nos ofrece la marcha de un grupo de soldados por el desierto. Aunque andan en campo abierto, sin edificios ni montañas, lo que permite ver el horizonte con toda su amplitud, la carga, el equipamiento que lleva cada uno cierra la vista y al final «no se sabe a dónde se va, quizá no se vaya a ningún sitio o quizá al fin del mundo». Es decir, falta de perspectiva, falta de misión y falta de objetivo. Alejandro Gándara llega a las mismas conclusiones y subraya:

La guerra no interesa a nadie. La dignidad [de Viance] de haber luchado por su patria queda rápidamente comprometida, a causa de las miradas de los otros, por la vaga sensación de haber hecho algo malo, por una culpabilidad que crece a medida que se adentra en el país.⁴⁶

Por su parte, Francis Lough comenta el párrafo que cuenta el rechazo del Gobierno español de mandar más fuerzas al general S. (p. 99): «Este fragmento nos sirve como recordatorio del escaso apoyo popular con que contaba el Gobierno español».⁴⁷

2.3.4.3. Satirizar la terminología imperialista

Otro procedimiento que consideramos muy importante es el planteamiento irónico de algunos términos. Sender sabe que el proyecto imperialista utiliza palabras

⁴⁶ Gándara (en Sender, 1996: 21).

⁴⁷ Lough (2001: 44).

sacadas del nacionalismo, como *patria*, *heroísmo*, *deber*, etcétera. En este contexto el novelista procede de una forma tridimensional: muestra cierta ignorancia y perplejidad de los interesados hacia esos vocablos, hace una comparación entre la realidad del término y su hipotético significado, y ofrece una nueva interpretación más conveniente al imperialismo. Entre las expresiones que interesan al autor encontramos *espíritu militar*, *valiente*, *patria*, *deber cívico*, *valor*, *héroe*, *heroísmo*, *guerra*, *Estado*. Aplicando lo antedicho, los soldados se preguntan entre sí sobre el significado de una palabra de suma importancia como es *patria*. Nadie acierta a saberlo con exactitud, y luego se acuerdan de lo que habían oído decir a los demás al respecto. El desarrollo mismo de la conversación muestra indiferencia y falta de interés, lo cual se refleja en la respuesta de uno de ellos: «no me acuerdo». Luego utiliza el planteamiento socialista o marxista que critica el capitalismo al reducir la patria a «las acciones del accionista». Atribuye esta definición a unos obreros catalanes y dice que ha sido apoyada «con razones bien claras» (p. 121). Anteriormente el mismo término ha recibido otro significado, esta vez a manos del segundo agente de la guerra, el cura, que le da una interpretación inesperada, contraria a la divulgada en los medios de comunicación y en los libros por parte de políticos y periodistas. Para él, «todo lugar donde alienta un corazón cristiano es la patria de Dios y debemos defenderla» (p. 60). Desde esta perspectiva, el espíritu militar consiste en sobrellevar alegremente la suciedad (p. 38), mientras el Estado no cumple con su función constitucional tradicional de proteger a sus ciudadanos, sino que los «autoriza a morir para sostener el derecho cívico de unas docenas de seres que son la historia, la cultura, y la prosperidad del país, porque el país comienza y termina en ellos» (p. 177). La guerra es «un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destrozados por las piedras y la cabeza por las balas» (p. 190). El deber cívico, como acabamos de ver, es el de morir «para sostener el derecho cívico de unas docenas de seres» (p. 177). Ser héroe llevar sesos de un compañero en la alpargata, criar piojos y beber orines» (p. 135). Los verdaderos valientes «hubieran debido comenzar por no venir» (p. 60). Por eso Carrasquer llamó la atención sobre el hecho de que

Incluso en las escenas en que Viance actúa valerosa y hasta temerariamente, trata de demostrar Sender que lo hace por instinto, por defensa propia, jamás por razones patrióticas o idealistas que pueden llegar a ser tan vehementemente sentidas que se ofrende la vida por ellas. En la novela *Imán* es todo anti: [...] anticolonialismo.⁴⁸

En este contexto, nuestro autor da el significado auténtico y el satírico de muchos fenómenos relativos a la vida militar, como que las responsabilidades que se tenían en el ejército «no llevaban consigo la conciencia de un deber, sino de una disciplina colectiva» (p. 223).

Quedan tres cosas por decir. La primera es que Sender no se limita a satirizar dichos términos lanzando un nuevo significado, sino que lo hace a través de

⁴⁸ Carrasquer (en Sender, 1992: LXXXIII, n. 61).

escenas muy importantes, acertadas desde el punto de vista narrativo. Así, en San Juan de las Minas, los sublimes principios de la vida militar —patria, heroísmo, sacrificio— son pronunciados de forma *vacilante* por un grupo de soldados que están *agonizando*.

En segundo lugar está la escena de la bailarina, que, según Peñuelas, «lleva a extremos de grotesca farsa la trágica mentira que se esconde tras el brillo exterior de la patriotería belicista, y acentúa la protesta amarga que circula por las páginas de la narración».⁴⁹

Después de que Viance, representante del Ejército y de su misión cívica en Marruecos, sufre las humillaciones y las burlas de unos trabajadores que le llevan a una cantina de pueblo, una bailarina satiriza términos militares en una canción popular y lleva la medalla del protagonista de forma indecente. Precisamente con esta estampa saturada de ridículo termina la novela sin que se conozca el destino de Viance, que funciona como símbolo, y lo ha perdido todo, incluso sus recuerdos.

En tercer lugar está el episodio de los mulos, donde se atribuye a estos pobres animales la misión del deber cívico. La transposición ridiculiza esta misión de forma extrema, pues, al no atenderla sus presuntos autores, han de hacerlo los animales (p. 177).

Sender, tras desprestigiar con maestría al Ejército, su composición, su credo y su actuación, ofrece su apoyo a los marroquíes como víctimas de esta empresa imperialista tan injusta.

2.3.4.4. Ofrecer apoyo a los marroquíes

El apoyo a los marroquíes es un tema reiterado a lo largo de *Imán*. Lo encontramos en muchos lugares; por ejemplo, en las páginas 144, 183, 212, 230, y 282. El autor —también esta vez— recurre a diferentes formas narrativas, reflexiones, diálogos, etcétera. Lo más importante es que todas las personas que expresan su apoyo son españoles y están implicadas en el conflicto. Lo hacen como resultado de la convivencia o la experiencia personal, y casi siempre en momentos de gran tensión; además, se justifican por fundamentos o hechos razonables. En este sentido destacan tres pasajes. El primero es el de un soldado español que había caído prisionero pero pudo escaparse. A mitad de camino decide volver voluntariamente y entregarse a los marroquíes con esta justificación:

Allá —señala Melilla— paso hambre, frío, aguanto palos, no tengo un céntimo y estoy como en una cárcel. ¿Todo pa qué? [...] La única herida que llevo me la ha hecho un oficial, y yo veo que entre los moros se ayudan y que no hay tanta estrella y tanta casta. Todos son hombres y yo otro hombre más. (p. 230)

⁴⁹ Peñuelas (1971: 125).

El segundo caso es el de Viance, que muestra su apoyo a los marroquíes tres veces. La tercera llega al extremo de pedirle a su jefe y a sus compañeros que cojan las armas y participen con ellos en la conquista de Melilla, porque tienen la razón en su resistencia a los españoles. El tercer episodio es el del cabo español que cura a un combatiente marroquí herido, y lo hace mostrando cordialidad y admiración porque, según él, los marroquíes «tienen la razón». Antonio, trasunto de Sender, que lo presencia, está contento y quiere abrazarlo. Desde esta perspectiva, Sender recurre al apoyo divino a los marroquíes. Cuando aparece Dios, este se viste con chilaba y declara que se ha «pasado a los moros» (p. 200). Por su parte, el comentario del anciano español es muy expresivo, pues para él los marroquíes son «gente humanitaria y tratable» (p. 187).

Como punto final, diremos que la trascendencia del discurso antiimperialista de *Imán* es lo que hizo que esta obra influyera en la caída de la monarquía española, muy desprestigiada, entre otras cosas, por sus aventuras marroquíes.⁵⁰

3. CONCLUSIONES

Al principio de este trabajo hemos formulado cinco preguntas. La respuesta a las tres primeras constituye el corpus del mismo, mientras que las otras dos se refieren a la actitud del autor y la crítica respecto a nuestra propuesta: el discurso narrativo antiimperialista en *Imán*. Los investigadores más importantes en este sentido son Carrasquer, Peñuelas, Collard, Santiañez y Lough. Aunque el primero ha dedicado largos trabajos a esta obra y propuso algo afín a nuestra hipótesis (véase la introducción), no lo desarrolló de forma suficiente, pues repitió en sus obras posteriores lo que había dicho en las primeras, en algunos casos casi literalmente. Los demás autores han presentado parcialmente esta teoría, pero sin plantearla de forma integral. Collard, sobre todo, se interesó por demostrarla a través del paisaje, señalando que la topografía marroquí se convirtió, a manos de Sender, en un combatiente más que engrosaba las filas de la guerrilla marroquí. Por nuestra parte, hemos analizado la temática del discurso y su forma. Esta metodología esclareció muchos pasajes. Aunque Carrasquer, a la hora de hablar del realismo en Sender, confirmó su interés por la descripción y observó que su uso del detalle era distinto al de los novelistas realistas del siglo XIX,⁵¹ dejó muchas partes y escenas sin analizar, tanto por lo que respecta a su función como en lo relativo a la lógica de su ubicación en el relato, lo que da a entender que se trata de paráfrasis indebidas. Ejemplo de ello son la anécdota de Díaz Ureña, el episodio de las prostitutas, el del viejo árabe, etcétera. Nuestro trabajo ha ofrecido una interpretación que nos parece lógica. Igualmente, con esta metodología pretendemos abordar la obra de forma más integral y coherente.

⁵⁰ Ressayot (2004: 35).

⁵¹ Carrasquer (en Sender, 1992: xc).

En este estudio podemos confirmar lo siguiente:

- Sender en esta novela realiza un ejercicio narrativo para tratar las ideas de la elite izquierdista, la cual estaba en contra de la acción imperialista. En este caso, como se indicó en su lugar, es de especial interés el paralelismo casi total y literal entre los interrogantes de Díaz Fernández y los temas planteados en la obra.
- La novela, con su proyecto antiimperialista, representa una reacción del movimiento de escritores liberales que se preocuparon por moldear el lenguaje del discurso imperialista. Tal reacción crea un discurso alternativo carente de cualquier tipo de racismo, y es de carácter reconciliador.
- Se observa, a través de la bibliografía manejada, que el discurso antiimperialista y reconciliador se captó mejor y de forma más rápida en el caso de Cadalso y Galdós, mientras que respecto a Sender no hay esta unanimidad y las alusiones son implícitas y ambiguas. Tal vez esto se debe a que, en primer lugar, los escritos de Cadalso son artículos, aunque el autor los llama *cartas*. En cuanto a Galdós, el discurso reconciliador es directo, sobre todo en las partes referentes al parentesco entre marroquíes y españoles; además esta ideología se presenta a través del protagonista de la obra. En caso de Sender, sus largas y reiteradas críticas al Ejército y a la vida militar despistaron la atención de los investigadores, quienes interpretaron la obra como antimilitarista y analizaron los demás elementos de acuerdo con esta interpretación. Nosotros, partiendo de nuestro análisis directo de la novela, confirmamos que el antimilitarismo es un elemento importantísimo, pero no es el mensaje que quiere transmitir la obra.

Como prueba final de nuestra hipótesis sería de gran interés responder a varias preguntas:

- ¿Cómo se podrían explicar todas las partes de la novela analizadas, y que la crítica olvidó, sin la nueva interpretación que defendemos?
- ¿Serían estas necesarias para una denuncia de antimilitarismo?
- ¿Por qué el autor insiste tanto en el analfabetismo de los soldados?
- ¿Qué tenía que ver la defensa del paisaje y la topografía de Marruecos con estos objetivos?
- ¿Para qué personificar el paisaje y la naturaleza y hacerlos agresivos?
- ¿Cuál es la importancia que tiene la presentación positiva de los marroquíes para expresar el antibelicismo? En todo caso, ¿qué función o explicación tendría la interpretación de la misión cívica de España en Marruecos?
- ¿Qué significado tendría el regreso humillante de Viance al cuartel general y a su pueblo?

Sin nuestra hipótesis, todas estas preguntas quedaban sin una explicación lógica o carecían de las nuevas dimensiones que hemos ido apuntando.

Para finalizar quiero llamar la atención sobre la complejidad del discurso en Sender y el limitado espacio de trabajos como el nuestro. El tratamiento ha sido rápido; por eso creemos que sería interesante la realización de investigaciones más amplias que analizasen de forma específica cada uno de los aspectos del presente estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Pedro Antonio de (2005), *Diario de un testigo de la guerra de África*, ed., introd. y notas de María del Pilar Palomo, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- Alcalá, Ángel (2004), *Testigo, víctima, profeta: los trasmundos literarios de Ramón J. Sender*, Madrid, Pliegos.
- Carrasco González, Antonio M. (2000), *La novela colonial hispanoaficana*, Madrid, Sial.
- Carrasquer Launed, Francisco (1970), *Imán y la novela histórica de Sender*, pról. de Ramón J. Sender, Londres, Tamesis.
- Collard, Patrick (1997), «Descripción y función del paisaje en *Imán*», en Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo (eds.), *El lugar de Sender. Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, Huesca, IEA / IFC, pp. 197-216.
- Díaz Fernández, José (2004), *Crónicas de la guerra de Marruecos (1921-1922)*, antología, ed. e introd. de José Ramón González, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón.
- Forcadell Álvarez, Carlos (2004), «Historia en la novela: la cultura política republicana en R. J. Sender (1931-1936)», en José-Carlos Mainer (ed.), *Los pasos del solitario: dos cursos sobre Ramón J. Sender en su centenario*, Zaragoza, IFC, pp. 153-171.
- Goytisolo, Juan (1982), *Crónicas sarracinas*, París / Barcelona, Ruedo Ibérico / Ibérica.
- Jover Zamora, José M.^a (2002), *Historia, biografía y novela en el primer Sender*, Madrid, Castalia.
- López Barranco, Juan José (2001), «Imán: síntesis y antítesis de la novela española sobre la guerra de Marruecos», en José Domingo Dueñas Lorente (ed.), *Sender y su tiempo: crónica de un siglo. Actas del II Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 27-31 de marzo de 2001)*, Huesca, IEA, pp. 361-374.
- Lough, Francis (2001), *La revolución imposible: política y filosofía en las primeras novelas de Ramón J. Sender*, Huesca, IEA.
- Martín, Miguel (1973), *El colonialismo español en Marruecos, 1860-1956*, París, Ruedo Ibérico.
- Moga Romero, Vicente (2005), *El soldado occidental: Ramón J. Sender en África (1923-1924)*, Melilla, Consejería de Cultura de la Ciudad Autónoma de Melilla.
- Monferrer Catalán, Luis (2001), «África amarga en la memoria española (la experiencia africana en dos novelas de exiliados)», en José Domingo Dueñas Lorente (ed.), *Sender y su tiempo: crónica de un siglo. Actas del II Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 27-31 de marzo de 2001)*, Huesca, IEA, pp. 327-342.
- Peñuelas, Marcelino C. (1971), *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Madrid, Gredos.
- Pérez Galdós, Benito (2004), *Aita Tettauen*, est. prel., ed. y notas de Francisco Márquez Villanueva, Madrid, Akal.
- Ramón e Fernández-Oxea, Xosé (2005), *Crónicas de Marruecos*, Barcelona, Ronsel.
- Ressot, Jean-Pierre (2004), «Violencia e historia en *Imán*», en José-Carlos Mainer (ed.), *Los pasos del solitario: dos cursos sobre Ramón J. Sender en su centenario*, Zaragoza, IFC, pp. 23-46.

- Sender, Ramón J. (1976), *Imán*, introd. de Marcelino C. Peñuelas, Barcelona, Destino.
- (1990), *Cabrerizas Altas* (novela); *Arabescos*; *Impresiones del carnet de un soldado* (artículos periodísticos), notas históricas de Francisco Saro Gandarillas, introd. y ed. de Vicente Moga Romero, Melilla, Ayuntamiento.
- (1992), *Imán*, ed., introd. y notas de Francisco Carrasquer Launed, Huesca, IEA.
- (1996), *Imán*, pról. de Alejandro Gándara, Barcelona, Círculo de Lectores.
- (2006), *Imán*, ed. de Nil Santiáñez, Barcelona, Crítica.
- Vived Mairal, Jesús (2002), *Ramón J. Sender: biografía*, pres. de Ángel Alcalá, Madrid, Páginas de Espuma.